

sugerida tanto por la costumbre como por la razón. Es temible el nombre de esa Francia que desde hace tantos siglos ha causado frecuentes trastornos en el mundo, y lo son mucho más aun el contagio de la anarquía, efecto lento, pero irresistible de nuestras instituciones, y el movimiento y la fuerza que estas nos inspiran. Precisamente porque siempre hemos gozado de alguna libertad, nunca hemos podido arreglar nuestras diferencias sin estrépito: tened presente vuestros estados y vuestro parlamento de Bretaña. Para nosotros ese estrépito previene ó desvia el peligro, pero las crisis de que salimos no pueden menos de ser para los gabinetes acostumbrados á gobernar en silencio, indicio de un volcan, y de un torrente de lavas próximo á difundirse. El medio más seguro de calmar las envidias es disponer de la fuerza; nadie se atreva con las superioridades sólidamente establecidas; las cuestionables son las que andan cayéndose y levantándose.

La fuerza se obtiene por medio de las leyes y por medio de las armas. Esa guerra que sin ser mortífera da práctica á nuestras tropas, es seguramente una ventaja, pero todavía nos falta la facultad indispensable de poder en caso necesario conservar bajo la bandera á esos soldados aguerridos; nos falta una reserva; los veteranos no pueden componer una que por lo menos sea suficiente en todos los casos; á la primera campaña hemos tenido que recurrir á una quinta anticipada; esto es urgente, porque solo á fuerza de años se consigue reunir reservas, y porque para no desmembrarlas no debe correr el tiempo de servicio más que desde el día de la llegada al cuerpo.

Tampoco es preciso hacer alto en el desarrollo de nuestras instituciones políticas; conservando las que son propias á la Francia y á una monarquía constitucional, deben marchar hacia esa perfección que con tan fundado motivo admirais en Inglaterra. En Francia los realistas serán por lo menos durante toda una generación el apoyo necesario del gobierno: en ellos debe cimentarse la nueva obra procurando por todos los medios posibles hacerlos entrar en el goce de las ventajas de nuestras instituciones á fin de que aficionándose á ellas, concluyan por olvidar las preveniciones que contra ellas tienen. La cuestión sobre indemnizar los bienes de los emigrados, merece sería consideración, y es mucho más política que financiera.

Os digo todas esas cosas, señor vizconde, porque una guerra próspera os da fuerza y ventajas que vuestros antecesores no han llegado á tener. Para conservar y dar aumento á la fuerza, es preciso ejercitarla.

El santo padre va restableciéndose como por milagro; algún día será un asunto tan considerable como el de la elección de su sucesor. La Providencia ha dado á la iglesia en sus últimas tribulaciones dos pontífices que han tenido el valor de los mártires; la época actual exigirá uno que tuviera el celo de los apóstoles. Comprendemos que lo que falta en Francia es la influencia de la religión, y sin embargo no somos de los que menos dotados estamos de este particular; nuestro clero, marchando siempre al frente de todos los de la cristiandad ha sido purificado en el crisol de la persecución. Pero en el clero de Italia principiado por el de Roma; en el de Alemania, en el de la gran Península es donde reside el mal moral que afecta á la Europa, y por aquí es por donde convendría principiar el ataque. Vuestra prevision es exacta; los italianos harán la elección. Tal vez se podría hacerles comprender su verdadero interés y arrancarlos por un momento de la influencia de su triste axioma de que el mundo marcha por sí mismo (*il mundo va da se*), demostrándoles que no valdrán sino lo que valga el papa que elijan. Desgraciadamente parece que desde hace mucho tiempo el sacro colegio ha sido débilmente reclutado.

Acerca de las dos Sicilias nada tengo que añadir á

mis despachos oficiales. Presumo que por espacio de mucho tiempo el papel que representaremos en Nápoles será de mera observación. Es poco el bien que puede hacerse, y el pequeño mal que tal vez conseguiríamos evitar, inspiraría recelos al Austria.

Esta carta, señor vizconde, es más bien la continuación de una de nuestras conversaciones en Verona, que un despacho diplomático. Vuestra confianza ha arrastrado la mía. Bien comprendo que desde este rincón debe mi política parecer demasiado especulativa. Vos sois el centro de acción á donde convergen todos los hechos. Vos rectificareis mis errores.

Renuevo, señor vizconde, las seguridades de mi afecto y alta consideración.

H. DE SERRES.

El príncipe de Polignac á M. de Chateaubriand.

Londres 12 de agosto de 1825.

Hoy no pensaba escribiros, señor vizconde, pero M. Canning me acaba de encargar para vos una *pequeña comision*, y es únicamente bajo este punto de vista que me ha rogado observar lo que me ha dicho y acerca de lo cual voy á daros cuenta. El cónsul inglés en la Coruña y sir Roberto Wilson, han interpuesto su mediación cerca de las autoridades españolas de aquella ciudad, á fin de que pusieran en libertad y permitieran pasar á bordo de un buque parlamentario, á M. Desbassyns, hermano político ó primo del conde de Villele; ese buque ha sido tomado por francés y todas las personas que estaban á bordo han sido conducidas á uno de nuestros puertos; en el número de los pasajeros se hallaba la señora de Quiroga, esposa del general español de ese mismo apellido. M. Canning pide que interpongais vuestros buenos servicios para conseguir la libertad de esa señora, así como el cónsul inglés en la Coruña lo hizo respecto de M. Desbassyns. He contestado á M. Canning que hoy mismo os daría á conocer su deseo, y con este motivo creo que también ha escrito á sir Carlos Stuart.

Enteramente vuestro, querido vizconde,
EL PRÍNCIPE DE POLIGNAC.

M. de Chateaubriand á M. de Talaru.

París 16 de agosto de 1825.

Mi querido amigo:

La orden de Monseñor, el duque de Angulema en Andujar, me parece ser contestación á la nota del señor Saez. Esta nota que pedía *reparaciones*, habrá excitado un impulso de cólera en el duque y lo habrá impulsado á redactar la orden. Puede esta en el momento del desenlace, ahora que toda la habilidad consiste en no provocar cosa alguna, y en ganar algunos días, producir funestas consecuencias. No alcanzo á aconsejaros una cosa mejor que el que hagais cuanto esfuerzo os sea posible, á fin de amortiguar el golpe. No deis absolutamente la razón á la regencia, pero calmarla, dándole á entender que la imprudencia de la nota del señor Saez, esa palabra *reparacion*, es lo que, incomodando al señor duque de Angulema, le ha forzado á tomar una medida que ha creído necesaria para la seguridad de su ejército. Dadle particularmente á entender que toda irritación que fuera causa de retardarse la libertad del rey, produciría el efecto más deplorable. ¿Qué sería de la regencia y de los realistas si el ejército francés tuviera que retroceder hacia el Ebro. Si quieren salvarse, es preciso que permanezcan unidos á nosotros, y agradezcan lo que el duque ha hecho por ellos, aun cuando al parecer esto haya sido contrario á sus ideas ó pasiones.

Los asesinatos que se han cometido en Madrid estos últimos días, habrán sin duda contribuido también á que el duque tomara esa determinación. A cada instante me es más sensible el inconveniente de las distancias: en tanto que os estoy escribiendo esto, Dios sabe lo que habrá sucedido. La orden es del 8; estamos á 16, recibireis esta carta el 21 y no veré vuestra contestación hasta el 26 ó el 27. En ese intervalo pueden ocurrir diez revoluciones. Lo que más temo es una determinación de la regencia abdicando el poder, lo cual produciría seguramente un movimiento en esa capital; más al fin la Providencia, que hace ya tanto tiempo nos dispensa su protección, no nos abandonará en este momento.

Ya veis que esta carta no es una contestación á vuestro despacho del 11, número 49, que he recibido esta mañana y que nada de importante dice, sino á lo que me ha dicho M. de Villele á quien monseñor ha remitido traslado de su orden. Si afortunadamente monseñor hubiere caído en la cuenta y se hubiera abstenido de publicar ese documento, no creo deciros que importaría guardar secreto sobre todo esto.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de Talaru.

París 17 de agosto de 1825.

He recibido vuestro despacho del 12, número 50, remitiéndome copia de la orden de que os hablé ayer. Os contesto por medio de dos cartas oficiales: una sobre la orden en cuestión, la otra sobre vuestra carta al general Guilleminot. Por lo tocante á la orden, siendo ya un hecho consumado, no hay más que sostenerlo, pues lo peor sería retroceder después de haber tomado una medida y por nada en el mundo debemos abandonar á monseñor.

El general Lauriston, que delante de Pamplona ha recibido esa orden, dice que produjo el mejor efecto aun entre los mismos realistas armados y que se lamentan de que persiguiendo á los milicianos que vuelven á sus hogares, no se hace más que enconar las enemistades. Esta opinión no será la de las ciudades populares, donde las clases inferiores suelen deleitarse en todo lo que produce desorden. Si me hubiese hallado cerca de monseñor, le habría seguramente aconsejado que no expidiera esa orden que puede complicar los asuntos en el momento que tocan en su desenlace; mas una vez que ya ha sido publicada, no hay más que hablar; fuerza es sostenerla.

Sin embargo, vuestra misión, como ayer os lo dije, es la de modificar el golpe, dulcificar las consecuencias, disminuir el mal por todos los medios posibles, é interponeros con interpretaciones conciliadoras y moderadas entre los partidos. No hay duda que vuestros colegas se aprovecharán de la circunstancia para dar no pocos falsos informes. Mas tened entendido que no hay ningún arreglo hecho por lo tocante á Cádiz; que monseñor está muy distante de querer otorgar ninguna concesión política y que todo cuanto acerca de este punto puede imaginarse carece absolutamente de fundamento.

Veo por vuestra carta que discurri con exactitud acerca de lo que ha motivado la orden, y que son las noticias que monseñor recibió de Burgos las que produjeron la explosión. La práctica y el conocimiento de los caracteres enseñan á hacer uno en sí mismo ciertas pautas que algunas veces deciden de toda una cuestión.

¿Mas de qué sirve todo lo que os estoy diciendo? Cuando mis instrucciones lleguen á vuestras manos la escena habrá del todo cambiado favorable ó adversamente.

Si por casualidad estuviesen las cosas arregladas

cuando recibais esta carta; si la regencia hubiese tomado el discreto partido de callar y dejar hacer (sistema á que habría sido preciso someterla), comprenderéis tal vez que será más prudente no reanimar la cuestión y dejar sin uso mis cartas oficiales. Mas en el caso en que el asunto sea controvertido, y esté, por decirlo así, vivo, dareis á conocer altamente la opinión de nuestro gobierno.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de Polignac.

París 18 agosto 1825.

Vuestros despachos, noble príncipe, son muy claros, muy amplios y muy buenos: yo no he querido daros ningún consejo. Es completa la retractación de M. Canning por lo tocante á la escuadra inglesa. Podéis á vuestra vez asegurar á ese ministro que la Francia nunca ha pensado en enviar tropas á Portugal. Por lo demás, (aquí enteramente entre nosotros), os diré que estoy poco contento de los asuntos de España. La regencia se ha dejado arrebatar en el asunto de Burgos; pasó una nota á Talaru, pidiendo *reparaciones*. Talaru cometió la imprudencia de transmitir esa nota al duque de Angulema, que estaba marchando hacia Cádiz y el príncipe contestó *ab irato* con una orden mandando que ninguna prisión pueda hacerse en las poblaciones ocupadas por las tropas francesas sin permiso del comandante de estas, etc. Comprenderéis qué sin número de divisiones va á producir esa orden en los ánimos. Sin embargo, no caben vacilaciones, es preciso sostenerla, pues de ningún modo debemos abandonar al príncipe generalísimo. No habéis de este asunto, sino cuando hayan estallado las consecuencias; entonces direis que el príncipe se ha visto obligado á tomar esa medida por seguridad de nuestras tropas y por honor de la misma regencia, cuyas órdenes moderadas eran desconocidas por los que tienen interés en prolongar las revoluciones. Por lo demás esa orden será de seguro muy aplaudida en Inglaterra, pero confirmará á M. Canning en la idea que tiene acerca de la división que existe entre nosotros y la regencia.

El correo de Madrid que acaba de llegar con cartas del 13, anuncia que este asunto se ha modificado algún tanto; que Oudinot se ha avenido á no publicar la orden, y que la regencia ha dirigido una comunicación al príncipe, manifestándole que va á mandar poner en libertad á todos los presos que no estén pendientes de formación de causa. Ojalá se arregle todo de esta manera; pero de todos modos no puede menos de decirse que ha sido un triste asunto. Nada más de particular dice la correspondencia de Madrid. Solo hablan de una proposición que se dice hecha por las cortes á Bordesoulle el día 6 ó el 7. Dudamos de semejante noticia. Un correo inglés que pasó por Madrid el 13, parece haber dicho que dentro de dos meses no tendremos necesidad de la intervención inglesa; pero eso no es más que *habladurias*.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de Talaru.

París 19 de agosto de 1825.

Os escribo, amigo mío una carta oficial. En la contestación al señor Saez, si es que habeis contestado, creo que en términos atentos pero vigorosos, habeis sostenido la orden. Ostensiblemente debeis defender todo lo que emana de una autoridad francesa; pero en secreto procuraréis conciliar y modificar todo. Acabo de ver al general Pozzo y se me ha mostrado muy ra-

zonal: me ha dicho que iba á escribir á M. Bulgari, diciéndole con motivo de la nota de la regencia dirigida á la conferencia, que no debía haberse constituido juez entre la regencia y monseñor; mándale que solo se presente como moderador entre las opiniones é impida que el asunto adquiera gravedad. Pero todo llega ya tarde y lo temible es que en Madrid, en Burgos ó en Zaragoza ocurra algun motin. Todos los partidos se aprovecharan de esta circunstancia para sembrar discordias: es una crisis; no hay más remedio que atravesarla; es inútil mirar hácia atrás.

CHATEAUBRIAND.

El general Guilleminot á M. de Chateaubriand.

Puerto de Santa María 21 de agosto de 1825.

Monseñor:

Mi falta de salud, y el excesivo trabajo durante el molesto camino que acabamos de hacer, han podido únicamente interrumpir una correspondencia que tanto precio tiene para mí. Por esta razon me atrevo á esperar que V. E. no llevará su severidad hasta el punto de no darme noticias suyas sino cuando le den ocasion de hacerlo algunas circunstancias oficiales. Esto sería una privacion demasiado grande por un retraso que ha sido del todo independiente de mi voluntad.

Siempre he hecho cuanto he podido para hacer agradable la posicion de M. de Bouttourlin en el cuartel general; he debido obrar de esa manera porque me son desde mucho tiempo hace conocidas sus buenas cualidades, y porque al mismo tiempo comprendo cuánto importa que se halle contento de nosotros. La casualidad me lo presentó pocos momentos antes de recibir la carta de V. E. y me apresuré á darle algunas explicaciones, que si no han hecho desaparecer del todo su amargura, por lo menos la han calmado algo; yo procuraré disipársela enteramente.

Nuestros asuntos no marchan con toda la celeridad que desde luego pudimos prometernos. Temo que la intervencion inglesa en la cual se apoyan los revolucionarios, no suscite obstáculos, y si ante todo no fuera preciso obrar, sería buena ocasion la presente para quejarse de la mezquindad de recursos que se nos han enviado. Pero nosotros sabremos sacar todo el partido posible de esos recursos y nuestro celo suplirá lo que en ellos falta. Nuestras tropas se hallan algo mejor dispuestas; la presencia de monseñor, que en mi concepto debería haberse retardado, hasta que todos nuestros medios hubiesen estado corrientes, redobla el ardor del soldado. De aquí á pocos dias tentaremos la grande empresa, y las disposiciones que se tomen estarán en consonancia con lo que V. E. me hace el honor de comunicar.

No os hablo, monseñor, de la respuesta que el rey ha dado al mensaje que S. A. R. le habia dirigido. V. E. estará ya enterado de ese particular por M. de Villele.

Suplico á V. E. se sirva admitir, etc.

GUILLEMINOT.

M. de Chateaubriand á M. de Talaru.

Paris 25 agosto 1825.

Recibi á un mismo tiempo vuestros despachos del 17 y del 18 (número 58 y 59).

Las circunstancias son graves, pero precisamente en tales casos es cuando conviene tomar un partido y hacer frente á la tempestad. Nuestros ejércitos dise-

minados, la poblacion levantándose contra nosotros, las plazas fuertes resistiéndose, he aquí las terribles noticias que diariamente nos estan comunicando los periódicos liberales; pero lo cierto es que en ninguna parte tenemos delante de nosotros un cuerpo de ejército capaz de detener el paso de quinientos mil franceses. La poblacion que no ha podido sublevarse por nosotros á la sombra de cien mil bayonetas francesas, y que se deja batir donde quiera que se atreve á redir sola sus armas con las de los soldados de las córtes (como acaba de suceder últimamente en Cataluña) no se levantará en masa contra nosotros. No está todo perdido y con paciencia y moderacion puede aun corregirse un error cuya gravedad no tratamos de excusar; pero, qué hombre y sobre todo qué príncipe está exento de cometer errores?

No os he dicho que el asunto de Burgos fuese de poca importancia, sino que en términos de buena política convenia presentarlo bajo ese punto de vista. Muchas veces conviene dar á los asuntos viso de poca importancia; pues recalcando algo acerca de sus consecuencias, lo único que se consigue es agravar su intensidad. La orden de Andújar no es consecuencia de un plan como supone de M. Brunetti, que por todas partes no ve mas que proyectos de constitucion y de arreglo con los revolucionarios, es únicamente un impulso de cólera producido por la nota del señor Saez que pedia reparacion. Se caerá creyendo esto, en todos los errores austriacos.

No soy de los que creen en la súbita rendicion de Cádiz, y aun creo que esta ciudad podría no abrir sus puertas; pero no desconfío enteramente de su rendicion, pues tenemos muchas probabilidades favorables; y en fin, aunque Cádiz no se rinda, no se habrá perdido dol todo.

Las órdenes del señor duque de Angulema han sido ejecutadas con el mayor rigor en Vitoria y Bilbao. Yo he propuesto atenuarlas aquí; pero se objeta que si el ministro de la guerra expidiese una orden que fuese contrariada por otra de monseñor, podría resultar de esto un mal de trascendencia. Además, enviar una orden de París sería condenar al príncipe, y todo es preferible á esto. En todo se presentan males por todos lados; pero no me desalientan.

P. D.

Me desconsuela como á vos la distancia; ¿de qué sirve todo lo que acabo de deciros? Cuando recibiereis esta carta, la respuesta de monseñor habrá llegado despues de ocho ó diez dias á Madrid, y todo habrá cambiado de aspecto. De todas maneras, es preciso que la regencia entienda que si por una division funesta, nos vemos obligados á retirarnos sobre el Ebro, Valdés estaría muy pronto en Madrid, y los realistas serian exterminados. La Francia se salvaria en todo caso, y nadie podría forzarla en las plazas fuertes de Cataluña y Navarra de que se apoderaría sitiándolas, pero los constitucionales triunfarian en el resto de España; así pues, lo mejor es mantenernos unidos á toda costa.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de la Ferronais.

Paris 25 de agosto de 1825.

Debo caballero, hablaros de un suceso de que nuestros enemigos han querido sacar algun partido, y que por fortuna no tendrá ningun resultado desagradable.

Hábianse hecho en Burgos, como en otras muchas ciudades de España, prisiones arbitrarias en extremo numerosas. Los menores inconvenientes de estas prisiones eran suscitar enemigos cada vez mayores en número á nuestros ejércitos, porque los soldados milicianos que regresaban á sus hogares, en virtud de

capitulaciones militares con nuestros generales, eran encareados al llegar á ellos, lo cual les obligaba á tomar las armas, é iban á engrosar las guarniciones de las plazas ó á formar guerrillas á espaldas de nuestros ejércitos. Para hacer cesar estos desórdenes que comprometían la seguridad de nuestras tropas, el comandante de Burgos hizo poner en libertad á todos los presos que no habían llegado en virtud de órdenes emanadas de los tribunales. La regencia se consideró ofendida, y M. Saez escribió una carta á M. de Talaru, pidiendo con un tono amenazador una pronta reparacion. Esta nota, fue por desgracia comunicada á monseñor, quien justamente ofendido de que no se reconociesen mejor sus trabajos y sacrificios, dió en el primer impulso en Andújar, una orden declarando que no podría verificarse prision alguna en las plazas ocupadas por sus tropas, sin la autorizacion del gefe superior de estas; y como los periódicos de Madrid se habían atrevido á insultar al ejército francés, esta orden ponía á los periódicos bajo la vigilancia militar.

Con este motivo, armóse un gran ruido: *La independencia de la regencia desconocida, la justicia violada, la causa realista sacrificada á la causa revolucionaria*, etc., etc. Los agentes de la Inglaterra atizaban el fuego de la discordia, al paso que los partidarios de las córtes se esforzaban en hacer surgir una profunda division entre nosotros y el partido realista; agitábanse los intrigantes, y muchos frailes fanáticos procuraban soliviantar el populacho. MM. Bulgari y Brunetti, que son demasiado jóvenes para la comision de que estan encargados, se encolerizaron al pronto, pero cedieron luego á un sentimiento mas exacto de la situacion de las cosas. M. Rozez se mostró constantemente razonable, pues conoció desde los primeros momentos el inmenso peligro que habria habido en que se trasluciese la menor division entre los representantes de la Alianza y tales circunstancias. Es verdad que la orden tiene inconvenientes; un magistrado ó un embajador no la hubieran redactado en los términos en que lo está ó por mejor decir, hubiera aconsejado cualquiera otra medida. ¿Pero qué es en suma una orden dictada por un general que ve menospreciada su palabra y comprometidas sus tropas por violencias fanáticas? ¿A un general cuyo enojo se provoca muy naturalmente con una nota amenazadora? ¿Qué es pregunto, esta orden, si se atiende á todos nuestros sacrificios y á las virtudes de un príncipe verdaderamente admirable? Nuestra sangre corre en todas las provincias de España por la causa de los realistas españoles; causa que ellos defendían tan mal; nuestros soldados, en medio de todas privaciones y bajo un sol abrasador, observan la mas increíble disciplina, y hemos derramado por la península ciento cincuenta millones. Un príncipe heredero del trono de Francia expone á cada paso su vida para librar al rey Fernando y arrancar la España á la faccion; y se olvidará todo esto, porque una orden justa en el fondo, aunque defectuosa en la forma, ha venido á poner un freno al espíritu de reaccion y de venganza, y á contrariar las miras de los que tal vez provocaban estos execucivos rigores con el designio de obligarnos á retirarnos sobre el Ebro! Por fin se ha conocido cuán ingrata y cuán impolítica es semejante conducta. La regencia, que habia enviado una nota á la conferencia, la ha retirado, y los representantes de las córtes han dejado de insistir en intempestivas gestiones. La regencia ha decretado por sí misma la apertura de las cárceles y ha enviado en diputacion un oficial á monseñor, para pedirle que modifique su orden; todo se ha calmado y se esperan tranquilamente los sucesos de Cádiz.

Monseñor habrá llegado lo mas tarde el 18, al Puerto de Santa María, y hecho intimar la rendicion á Cádiz el 19 ó 20; y si dicha ciudad no ha abierto sus puertas, está resuelto proceder al ataque el mis-

mo dia de San Luis, esto es, el 25. No tenemos, pues, sino ocho dias de espera, contando desde hoy para saber las cosas que mas interesan á los destinos de Europa.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de Talaru.

Paris 27 de agosto de 1825.

Os escribo esta mañana con una especie de satisfaccion, porque ya no hay incertidumbre acerca de los hechos. Prósperos ó desgraciados, han pasado ya; vos lo sabeis acaso en el momento en que escribo, y ciertamente en el momento en que recibiereis esta carta. Una estafeta que ayer llegó, no me ha traído despachos vuestros, pero sí una carta de monseñor en que comunica lo que ha debido hacer, y me proporciona á lo menos la satisfaccion que se oculta de los hechos terminantes y de la claridad de una posicion. El príncipe dice que el 17 reunió un consejo de guerra, en que se acordó atacar la ciudad, con arreglo á un plan regular que exige cinco dias de preparacion; y que, en consecuencia, ha enviado á uno de sus ayudantes de campo á llevar al rey la carta cuyo borrador se le habia remitido, dando cinco dias para responder. Ya conoceis esta carta, que servirá para desengañaros acerca de la supuesta conspiracion política por una carta á que habeis dado asenso, con todos aquellos que en Madrid tenían interés en dárselo ó en hacérselo dar. Hubiérais debido conocerme mejor. Los sucesos militares y la conducta particular del príncipe no dependen de mí; pero lo que depende son los resultados y las capitulaciones políticas, porque no puede acordarse concesion alguna para el fin de la guerra sin ser ofrecida ó ratificada por el rey, en vista del dictámen del consejo; así, pues, todo lo que ceda en deshonra de la Francia y constituya el abandono de los principios que han formado la regla de mi existencia política, no se verificará jamás, mientras yo tenga alguna parte en el gobierno. O me equivoco mucho, ó la carta de monseñor es tan noble como firme y tranquila. ¿Qué propone, ó por mejor decir, que insinúa, porque ni siquiera lo propone? Una amnistia y las antiguas córtes, y ni aun esta amnistia y estas antiguas córtes pueden ser otorgadas sino despues que *el rey esté libre*, pues su libertad es la primera condicion de la paz. Creed esto preferible, así para el rey, cuya libertad es indispensable, como para la nacion, á la que no se puede librar de las faltas del rey, sino poniéndola al abrigo bajo el escudo de sus antiguas instituciones. Si el clero, que compone casi en su totalidad las antiguas córtes, no se satisface con este arreglo, preciso será convenir en que es harto difícil de complacer.

Mi papel aquí ha terminado; salgo puro y sin mancha de los acontecimientos, sean cuales fuesen. No me quejaré de las sospechas ni de la alarma esparcidas en derredor vuestro por aquellos á quienes habeis hablado.

Mi carácter es la constancia; no me asusto ni me turbo por nada; si la carta ó el ataque no han tenido buen éxito en Cádiz, no por esto creeré que se ha perdido todo, y lo que no se haya hecho en agosto se hará mas tarde, y propondré, cueste lo que cueste, que por ningun concepto se abandone la empresa de España. La práctica de los negocios me ha enseñado que muchas cosas que se han creído perdidas, no marchan tan mal como se creyó al principio, y que hay cierto rumor de partido que ensordece cuando se empieza, y que se incurriría en error si se obrase con arreglo á sus primeros movimientos.

Vos habeis oido los gritos de los realistas españoles y las quejas de los agentes diplomáticos enemigos de la Francia. Teniendo en cuenta los informes de estos

hombres apasionados, se ha creído que el príncipe había cometido mas errores de los que en realidad ha cometido. Un majadero colocado en el Puerto de Santa María hace presumir que en todo lo demás sucede lo mismo; vos no habeis oído las quejas del partido opuesto, y no habeis visto como nosotros aquí, las respuestas de todos los gobiernos de las plazas, que unánimes dicen que se rendirian, pero que no lo haran, porque saben que al dejar las armas serian presos y asesinados por orden de la regencia. Vos no habeis visto los informes relativos á las crueldades del cura Merino y de los demás jefes realistas, y por consiguiente no habeis estado en el caso de juzgar del efecto que estos informes presentados tal vez en un espíritu poco benévolo, han podido producir en el príncipe generalísimo; una sola orden desagradable ha parecido, en mi concepto, un contrapeso demasiado grande á los sacrificios de la Francia y á las verdaderas virtudes del príncipe. Califícase hoy fácilmente de ineptos, incapaces y estúpidos á los gobiernos; pero tal vez, en último resultado, se verá que un gobierno que ha procurado conciliar á los hombres que se han opuesto á todas las medidas arbitrarias, que en todas partes ha arrancado víctimas á la muerte, sin distincion de partido, y que, no obstante, mientras se le acusaba de debilidad, no se ha prestado á concesion alguna política; tal vez, repito, se verá que este gobierno ha empleado con bastante buena fortuna la moderacion y la firmeza.

Como quiera que sea, toda esta larga charlatanería ha terminado. Si se restablece á Fernando en su trono, quedareis encargado de una legacion ordinaria, si la empresa de Cádiz se malogra, os transmitiré las órdenes del rey, y tomaremos consejo de los acontecimientos.

Nada mas sé de la orden, sino que en el cuartel general se ha mandado ejecutarla con toda la prudencia y toda la blandura posibles.

CHATEAUBRIAND.

M. Rayneval á M. de Chateaubriand.

Berlin 30 de agosto de 1825.

Señor vizconde:

Debo al correo prusiano que sale á hora fija, el poder acusaros sin retraso el recibo de vuestra carta del 23, que ayer llegó á mis manos. No he tenido la misma suerte respecto de la del 11, pues no se ha presentado ocasion alguna desde que la he recibido. Debo dar nuevas gracias á V. E. por el solícito cuidado con que me informa de todos los acontecimientos, y ofrece un alimento sustancial á mis conversaciones con M. de Bernstorff, que sin esto se parecerian algo á un monólogo. Mis últimos despachos han puesto en conocimiento de V. E. con cuánta satisfacción se habría recibido aquí la noticia de la sumision de Cádiz. Hoy se advierte un poco de impaciencia, aunque mezclada con mucha confianza. Hablándome ayer M. de Bernstorff de los despachos que acababa de recibir, me dijo que todo marchaba perfectamente, y que los pormenores que recibia elevaban al mas alto grado sus esperanzas. Habiendo recaído la conversacion sobre los resultados de la expedicion de España, tan rápidamente conducida como hasta hoy lo ha sido, y tan felizmente terminada como la preveemos, ha contado en el número de aquellos de que no debemos ser los únicos en felicitarlos, la *resurreccion política de la Francia*: esta es la frase de que se ha servido. Y ha añadido, señor vizconde, que á vos principalmente y á la energía de vuestros consejos, debia el verse colocada de nuevo entre las potencias en el rango que era tan necesario que ocupase.

Los informes de M. Royer, recibidos ayer, hablan de la funesta desavenencia que ha surgido entre el

duque de Angulema y la regencia, con motivo de las prisiones arbitrarias que se habian verificado. En vista de la impresion, que á mi parecer, ha recibido M. de Bernstorff de todo este negocio, he podido juzgar que M. Royer habia merecido completamente los elogios que V. E. le da, y que he tenido buen cuidado de repetir. M. de Bernstorff cree que la viveza que en estas circunstancias ha mostrado S. A. R., lejos de producir un mal resultado para lo sucesivo, servirá para mantener á la regencia dentro de justos límites, haciéndole de paso conocer las consideraciones que debe guardar al gobierno á que debe su existencia, y al príncipe sin cuyo apoyo nada puede.

He enviado á M. de Ferronnais por estafeta, y á M. de Rumigny por el correo, las cartas que V. E. me habia dirigido para ellos.

Os ruego acepteis, señor vizconde, la seguridad de mi entero afecto, y la de la alta consideracion con que tengo el honor de ser de V. E. el muy humilde y muy obediente servidor.

RAYNEVAL.

M. de Chateaubriand, al general Guilleminot.

Paris 31 de agosto de 1825.

He recibido, general, la carta que me habeis hecho el honor de escribirme, fechada en el Puerto de Santa María el 21 de este mes. Esperaba la respuesta negativa del rey de España, ó por mejor decir, de sus carceleros, pues siempre he creído que solo se cederia á las balas y las bombas. Si podeis alcanzar al enemigo, y llegar al cuerpo de la plaza, habremos ganado la partida; ¿pero cómo alcanzar al enemigo? No tengo mucha confianza en el bombardeo por mar, si no sois dueño de la isla de Leon. Cuando hayais tomado el Trocadero y el Matagorda, se asegura que os será fácil hacer callar el fuego de Portales, situado en la extremidad, enfrente de Matagorda, y por consiguiente el hacer un desembarco en este punto, ocupado con seis mil hombres, y separar de este modo la isla de Leon, de Cádiz, de que en tal caso sería fácil apoderarse. Dícese tambien que sería fácil verificar un desembarco en la isla, por el lado de la pleamar. ¿No podríais hacer llegar los cañones hallados en Algeciras? Todo lo que en mi departamento me ha sido posible hacer, ha sido hacer escribir á M. de Lesseps, nuestro cónsul en Lisboa, mucho antes que se pensase en conseguir nada de Portugal, que os enviase por mi propia cuenta bombas, municiones, etc. Os repito, general, todas mis cavilaciones militares, pero continuo convencido, tal vez equivocadamente, de que nada puede hacerse con seguridad sino se ocupa un punto en la isla de Leon; y creo que con soldados franceses. Inspirados por la presencia de monseñor el duque de Angulema, nada es imposible.

No os intimide general, la intervencion inglesa; creedme: no tendrá lugar. Esto es un medio de que los agitadores se sirven para infundir paciencia á su partido. Tengo datos positivos acerca de la neutralidad inglesa; la Inglaterra no nos es favorable, pero nunca intervendrá, mientras estemos unidos á los españoles: esta es nuestra gran salvaguardia.

La escuadrilla que estaba á la vista de la Coruña, debe haber llegado ya á Cádiz, y habrá podido llevar los cañones de aquella plaza; así lo he dicho, y hubiera querido se hubiesen dado las órdenes oportunas. Si no se ha pensado en ello, ¿no podríais enviar uno ó dos buques de vuestra escuadra en busca de esos cañones?

Acabo de advertir, general, que habia empezado mal esta carta, pero no tengo tiempo para volver á escribirla.

Creed, general, en mi sincero afecto,
CHATEAUBRIAND.

P. D.

Atenuad hasta donde os sea posible, la ejecucion de la orden tan generosa de Andujar, pero de la cual nuestros enemigos han estado á punto de sacar el mayor partido contra nosotros. Nada podemos hacer sin nuestra union con la poblacion realista, á pesar de todas sus violencias: este es un mal que es preciso sufrir.

Vuelvo á abrir mi carta, para decirlos que acabo de leer la del rey de España, que es una prueba evidente de su esclavitud. Grande debe ser su desgracia para haber copiado semejante carta, porque no puede ser suya. No creais una palabra de cuanto se dice de las negociaciones con la Inglaterra. La prueba de la mentira es adjunta, porque esa carta dice que solicitamos tambien la intervencion inglesa, y sabido es que hemos rechazado tres veces la mediacion de la Gran Bretaña. Insisto acerca de esto, porque veo que esta es una idea falsa que domina en el curatel general. Repito que mientras esteis bien con la Rusia, nada debeis temer de los ingleses. Se hace tambien decir al rey que estará *expuesto*, pero esto es un ardid destinado á hacer efecto sobre el corazón de monseñor el duque de Angulema; es una desgracia el tener que bombardear á Cádiz, pero es una desgracia inevitable, porque si dicha plaza no se rinde, la monarquía francesa está en peligro. No es posible retroceder en esta cuestion, puesto que se trata de nuestra existencia; así, pues, ni las dificultades, ni el invierno, ni los peligros, deben detenernos. De tomar ó no tomar á Cádiz depende el que seamos la primera ó la última potencia de Europa. Acabó de conseguir que se expidan órdenes á la Coruña y á Rochefort, para que se os envíen cañones, etc., aunque lleguen demasiado tarde.

¿No creéis que es tiempo de formar sitios en Cataluña? No se han tomado aun allí los trenes suficientes. La caída de Barcelona acarrearía la de Cádiz. Por lo demás, Milans está encerrado y acosado en Tarragona, y no queda un solo ejército constitucional en toda la península, á no ser algunas partidas que vagan por la Estremadura.

M. de Chateaubriand, al príncipe de Polignac.

Paris 1.º de setiembre de 1825.

Os envío, noble príncipe, la copia de la carta de monseñor el duque de Angulema, y de la respuesta de Fernando, que es únicamente para vos. Nosotros no debemos dar á conocer sino á pesar nuestro y lo mas tarde posible, si no podemos evitar su publicacion, este documento de la vergüenza y de la esclavitud del rey de España. La carta original está escrita *por la misma mano* de este desgraciado monarca: así es que declara que es libre seis semanas despues de haber protestado en Sevilla contra la violencia que se le hacia, y despues de haber sido declarado demente é incapaz de la soberanía. Advertireis la mentira relativa á la mediacion de Inglaterra; mentira evidente, puesto que es notorio que, lejos de pedir estas mediaciones en nuestro apoyo, las hemos rechazado formalmente. La carta de monseñor es digna y sencilla, y ya veis que ninguna concesion se hace en ella á los *Comuneros*. Participareis á vuestros colegas de Austria, Prusia y Rusia, este *hecho*, y les direis que monseñor el duque de Angulema habia propuesto al rey Fernando publicar una amnistía cuando se viese libre, y combinar las antiguas córtas para poner orden en los negocios del reino, y que Fernando se ha visto precisado á copiar, bajo el puñal de los asesinos, una respuesta que no queremos publicar por honor de las monarquías. Direis tambien á M. Canning, si os habla de esto, que no ha sido posible entablar negociacion alguna, y que vamos á tomar por la fuerza lo que no se

quiere darnos de buen grado; pero no le dejareis ignorar que los jacobinos de Cádiz se jactan en su carta de hallarse en negociaciones con la Inglaterra. Por lo demás, para algo sirve la desgracia; mejor es tomar á Cádiz con bombas que con cartas, porque de esta manera no nos veremos en la necesidad de hacer concesiones. En este momento el Trocadero debe haber caído en nuestro poder, lo cual es tener abierto el camino de la isla de Leon. Si podemos conseguir desembarcar y tomar posiciones en esta isla, Cádiz no puede resistirse ocho dias. Hemos recibido la noticia de la llegada de Hyde á Lisboa. Escribidle de mi parte, diciéndole que envíe todo lo que pueda en municiones de guerra, lanchas cañoneras, bombardas, al puerto de Cádiz, etc.

CHATEAUBRIAND.

M. de la Ferronnais á M. de Chateaubriand.

San Petersburgo 4 de setiembre de 1825.

Al dar cuenta en mi despacho de este dia de mi conversacion con el emperador, he creído, señor vizconde, que debia reservar para una carta mas confidencial lo mas notable de esta conversacion.

Hé aquí, pues, lo que el emperador me ha dicho: «Os quejais de la desconfianza de que sois objeto.

Quisiérais que sin exámen, sin conocer vuestras intenciones y sin tener el derecho de darles consejos, los aliados accediesen á ciegas á todo lo que os parece conveniente; en una palabra, quereis no servir otros intereses que los de la Francia, no consultar sino sus ventajas, y que la Alianza no sea para vos otra cosa que un auxiliar sin mas accion y direccion que la que os plazca imprimirle: esto es exigir demasiado, y la Francia no ha dado aun á la Europa las garantías que esta necesita para dejarse conducir por ella. Es cosa fuera de duda que en esta gran empresa cuyos gastos soportais y cuyos primeros peligros correis, debiamos dejaros una plena y entera libertad de accion, y me he opuesto constantemente á todas las medidas que hubieran podido entorpecerla; he comprendido igualmente las consideraciones que debeis al orgullo nacional, y no me he resentido en vista del silencio que se ha guardado respecto de los aliados. Vamos, mi querido general, pongamos los puntos sobre la i, y hablemos con entera franqueza; las últimas explicaciones, cuando se trata de entenderse, de nada sirven. La guerra de España, que vuestra propia seguridad hacia indispensable y que era necesaria al reposo de Europa, se hace contra la voluntad del presidente del consejo.

»M. de Villele es un excelente ministro de Hacienda ó del Interior; está dotado de un claro talento, y goza en la cámara de los Diputados de una superioridad indisputable.

»No hago á M. de Villele la injuria de creer que no participa de los sentimientos y de la alegría que vuestros triunfos en España infunden á todos los buenos franceses; pero la esperanza que ha conservado siempre de terminar esta guerra por medio de algunas transacciones ó arreglos con los revolucionarios, hace que nunca la haya apoyado con los medios y la energía que seguramente hubiera desplegado si la hubiese hecho por convencimiento de su utilidad, y no compelido á ello. Si hubiera estado tan persuadido como parece estarlo M. de Chateaubriand, de que era indispensable una victoria entera y completa, y que el mas pequeño contratiempo podia acarrear la ruina de a Francia, hubiera comprendido cuán ventajoso era para esta el poder, sin que nadie tuviese el derecho de manifestar por ello inquietudes, poner en pié de guerra su ejército, y especialmente su marina, que podia y debia hacerlos mucho mayores servicios; vuestros tropas hacen milagros, pero son débiles en nú-